

Nunca puso en cuestión su color de piel. ¿Por qué habría de hacerlo?, pensó ella. si después de todo es lo que hay. Además sabía que eso en realidad no debería tener ninguna importancia, así que simplemente miró al frente con un poco de resignación profunda y asumida, y respiró hondo.

Recordó entonces que igual todos la deseaban y había sido incluso objeto de adoración de muchos hombres y mujeres. Apretó un poco el seño satisfecha y dubitativa, pues sabía que era hermosa, lo cual además de complacerle le hacía cuestionarse su soledad. Lo cierto es que su belleza resultaba intimidante y era tan fuerte su presencia, que casi nadie se atrevía a acercarse. Temor y fascinación, una combinación que no muchos saben convertir en pasión y ante la que los más huyen despavoridos Y hubo los que lo intentaron, y todos murieron intoxicados de desamor.

Nadie parecía poder vencer a su soledad y ella simplemente se quedaba en cada caso contemplando al horizonte. Con su melena cobriza, cascabel al viento que otra vez amenazaba en su anuncio de temblores y catástrofes; con la mirada profunda y el sentido que encuentra su dirección esperando esa información química que tienen los lugares para así poder partir hacia algún lado. El corazón de su enamorado había dejado de latir y no había por qué esperar más. Créanme, ella no era mala, aún a pesar de lo que dijera la gente. Simplemente no tenía suerte en el amor y siempre eran sus amantes los que perdían y eran devorados.

Y así, nuevamente ante un amor trunco y ese mal sabor de boca, había llegado la hora y debía marcharse; emprender ese su andar sensual que casi flota e hipnotiza a los que lo miran. Iría por agua antes de cambiar otra vez de abrigo. Esperaría nuevamente a que el aire se vuelva seco para intentar otra vez enamorarse.

JAVIER LOMELÍ

